



Un diente blanco de megalodón

Magallanes, Francisco (2013): *Los impuntuales*. La Plata, Club Hem Editores, pp. 134.

Hernán Castilla*

Los impuntuales es el primer libro de cuentos publicado por Francisco Magallanes [1]. De los diecinueve relatos que lo integran – doce cuentos y siete narraciones breves bajo el nombre de “Los impuntuales” algunas de ellas cercanas a la prosa poética- muchos están relacionados entre sí. A algunos personajes como Alexis Macomber, Baíto Gómez, Placer Delmar, Miller, Marco y Estela Gabán los vemos aparecer en distintos cuentos pero no conforman un mundo literario como el ciclo de narraciones en torno a Nick Adams de Hemingway o, en el caso de Saer, en torno al grupo de amigos encabezado por Carlos Tomatis.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya una unidad en el libro. El espacio literario creado por Magallanes no va a estar dado por un grupo de personajes o una geografía sino por características sociales. Los relatos van delineando un ámbito muy difícil de clasificar. No son los marginales, aquellos “que aún no pisaron el primer escalón de la entrada al edificio del bienestar” [2] los que pueblan sus narraciones. No es el espacio literario del naturalismo boedista y sus herederos; ni el espacio poético de Mariano Dubin, Washington Cucurto u Oscar Fariña. El ámbito referencial no es exactamente lo que en el marxismo se denomina el lumpenproletariado ni, mucho menos, la pequeña burguesía. Tampoco es encasillable como clase baja o media baja. Es un lugar, podríamos decir, impuntual, no temporal sino socialmente.

Este espacio literario, por lo tanto, sólo puede ser definido desde dentro y de manera negativa, es decir, a partir de aquello que, según los personajes que lo conforman los distingue de otros sectores sociales: no son “negros de mierda”.

Así tenemos a la muchacha de pueblo con vocación de santa del cuento “A ellas no” que dice: “*El boliche*

* Hernán Castilla es alumno de la carrera de Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Coordina en dicha Facultad, junto al Prof. Mariano Dubin, el Taller de poesía “De Marcial a Pablito Lescano”. Ha publicado reseñas y artículos en revistas culturales.

hernancastilla@yahoo.com.ar

estaba lleno de negros”; “Éramos un grupo de chicas que nos hacíamos respetar, no como las negras del Barrio San José que eran flor de putas”; “Con la plata que gané en un día compré unas petacas de vodka y el resto lo usé para llenarles la panza a unos nenes de la calle. Ellos no tenían la culpa, los negros eran los padres.”

O en el cuento “Primavera” leemos este diálogo entre remiseros:

- ¿Es de guerra?- preguntó después mirando la pantalla del 21 pulgadas colgado en la pared.

- Es la de Rambo, no sabés la cantidad de negritos que se cargó, un espectáculo.

- Ahh. Esta era Rambo tres, me acuerdo porque la vi en el cine.

- Rambo dos, pelotudo. Qué lindo tener una de esas y voltear negritos. Prrrrrrrr ¡Piquetes! Prrrrrrrr – exclamó Gonzales mordiéndose el labio inferior, con los puños sosteniendo aire a la altura del pecho.

- Gonzáles. La verdulera de 125 y 36- dijo Bocha y retumbó en la totalidad de los cuatro metros cuadrados.

- ¡Esa bolita con olor a choclo! Qué te digo, prrrrrrr- dijo resignado, encendió un cigarrillo y salió.

Comentarios similares encontramos en “El mejor vacío de la ciudad”:

- Este peruano de mierda que viene a hacer política del Pata- le dijo a Messi que empinaba el vaso de vino hasta la última gota- Se hubieran ahogado todos.

- Son negros ¿Qué querés? Allá en Rosario no hay tantos como acá, pero quedate tranquilo que manejan toda la falopa.

Y también los vemos en la voz del playero de “Te va a encantar acariciar el viento”:

- ¿Hasta cuándo te va a explotar este turro?- le dijo como todos los días Pablo Bur.

- Hasta que a vos te dé el aumento- retrucó Chocho Presto.

- Ni lo sueñes. Ese te caga a vos, me caga a mi ¡Al fin de cuentas es un negro de mierda!- exclamó con una sonrisa completa.

El racismo y la xenofobia parecen definir este espacio ya que en estos casos no podemos hablar de “odio de clases”. Los personajes del libro apenas han podido colocar un solo pie en “el primer escalón de la entrada al edificio del bienestar”. Remiseros, chicas de pueblo, playeros de estaciones de servicio, parrilleros de un puesto callejero necesitan imperiosamente odiar y discriminar para poder diferenciarse de los que serían sus pares. Las viejas mentiras nacionales les sirven para esto. Son la doxa en la que apoyan todas sus argumentaciones y sus entimemas. Si los argentinos bajamos de los barcos, entonces los bolivianos y peruanos son negros. Si todos los gobiernos son populistas y clientelistas, entonces los piqueteros son negros que quieren planes. Si en este país el laburo sobra, lo que falta son ganas de trabajar, entonces hay chicos en las calles porque los padres son unos negros vagos.

La doxa impide la reflexión y por lo tanto la consciencia.

Para colmo de males Magallanes nos quita aquella vieja esperanza heredada de José Hernández que nos decía en *El gaucho Martín Fierro*:

*Y dejo rodar la bola
que algún día ha de parar...
Tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el hoyo,
o hasta que venga un criollo
en esta tierra a mandar.*

Ulises, uno de los personajes de “Te va a encantar acariciar el viento”, se hace llamar por todos Negrocaca “para que esos forros no se olviden que al que antes cargaban ahora manda”, pero su manera de mandar es la de los “blancos” basada en la explotación y la estafa. Aquí no hay criollo ni negro que nos salve parece querer decirnos Magallanes, el sistema va a ser siempre el mismo sin importar quién mande.

Otro aspecto interesante para analizar en estos relatos son las escenas sexuales. No me interesa detenerme en las escenas en sí, sino en la forma disruptiva que elige Magallanes para nombrar a algunas de ellas. Por ejemplo, en el cuento “El bautismo de los dioses”, llama así, “el bautismo de los dioses”, a la mancha de semen que dejó en el short la primera eyaculación de un pre-adolescente; o en el cuento “No corras cuando te atrapen” llama a la erección, volver “contundente el argumento esencial de cualquier hombre” y a eyacular, desbordarse. Pero, ¿por qué elegir estas perífrasis o metáforas desafortunadas?, ¿por qué un autor que tiene entre sus mayores virtudes “un oído fino para las sutilezas de la conversación bonaerense” [3] utiliza esas palabras y no otras? La respuesta, a mi entender, la podemos encontrar en el cuento “Casa Piano baila, baila, baila”.

En este cuento un hombre moribundo siente una sensación de bienestar que no sentía desde hacía muchísimo tiempo. Recuerda sólo haberla sentido en su vida cuando de niño era abrazado por su madre y cuando recibió su primer beso en la boca en su viaje de egresados de 7mo. grado. Pero esta primera experiencia sexual es negada por el personaje durante toda su vida y logra recuperarla recién en los que pueden ser sus últimos instantes. Y aquí podemos tener la clave, la negación. Un hombre que tenía, a los ojos de la sociedad, una “vida perfecta, donde todo marchaba sobre rieles” se da cuenta luego de un accidente? que su vida ha sido una mentira, que vivió una vida hipócrita.

Lo que es tema en este cuento, la negación y la hipocresía de la sociedad frente a la sexualidad, se vuelve forma en los otros –por lo visto Magallanes tampoco logra liberarse del todo de estos condicionamientos sociales- a través de esas perífrasis que evitan nombrar de manera directa ciertos actos sexuales.

Con una prosa que alcanza algunos de sus mejores momentos en los diálogos de sus personajes, Magallanes se anima a mostrarnos sectores de nuestra sociedad en los que impera el racismo y la xenofobia como

forma de afirmación de la identidad. El “negro de mierda” es siempre un otro -el caso extremo lo vemos en la pelea entre los dos hermanitos del cuento “Pochoclos”- que se diferenciará del nosotros no por el nivel de ingresos o por tener un trabajo informal, o por la forma de vestir (todo visten “la última moda Indie-Paraguaya”) sino por una serie de prejuicios y mentiras instalados que sirven de sustrato para la discriminación e impiden la unión de individuos cuyos intereses y necesidades son los mismos.

En un momento en que algunos grandes éxitos literarios nacionales parecen malas traducciones de una novela yanqui encontrarnos con un autor que entiende y logra reflejar artísticamente en su obra un sector tan complicado de nuestra sociedad es como encontrar un diente blanco de megalodón entre “un millar de dientes negros”. Brindo por eso.

Notas

[1] Al menos el primero en una edición no artesanal ya que, según leemos en la solapa, ya ha publicado artesanalmente *Un millar de dientes negros* (2009) y la novela *Detrás de cada mirada hay un mundo* (2006).

[2] Daniel Krupa, "Prólogo" en Magallanes, Francisco, *Los impuntuales*, Club Hem Editores, La Plata, 2013, p.11. En este punto discrepo con Daniel Krupa, el autor del prólogo para quien "Magallanes trabaja con el margen y los marginados".

[3] Celeste Diéguez, "Contratapa" en Op. Cit.